

UN EMPRENDIMIENTO HISTORIOGRÁFICO Y SUS CONTEXTOS POLÍTICOS, DE LA TRANSICIÓN A LA ACTUALIDAD

Alejandro Cataruzza¹

Las páginas que siguen están dedicadas a analizar algunas de las características que me parecen más importantes en los números del *Anuario* del Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Prof. Juan Carlos Grosso», así como a señalar algunos de los vínculos que, a lo largo de muchos años, sostuve con ambas instituciones. Ellos asumieron diversas formas: la intervención en jornadas científicas y seminarios permanentes, en concursos que, naturalmente, organizó la universidad, la publicación, la participación en el Comité Editorial, la colaboración con miembros del Instituto en otras iniciativas editoriales y, en un proceso de más larga duración, la lectura de la revista y las relaciones académicas y personales, asentadas en la participación en congresos, seminarios, homenajes, con quienes impulsaban la revista. También expondré las razones que hicieron del *Anuario* una publicación que, en razón los rumbos que tomaban mis investigaciones, consulté con frecuencia y beneficio.

LECTURAS

Al momento de proponer algunos argumentos en torno a una publicación de historia como el *Anuario IEHS*, conviene, en mi opinión, tener en cuenta ciertos rasgos propios de este tipo de ejercicio. El primero, que parece obvio pero cuyos efectos sobre nuestras perspectivas no suelen ser considerados, indica que la lectura de los números de la revista que llevé adelante en esta oportunidad para sostener los planteos que siguen es muy diversa de la lectura que llamaré inicial, esto es, la que se ejecutó cuando me crucé con ellos por primera vez. Desde ya, esa diversidad tiene cierto límite, y existen sin duda zonas de contacto y proximidades entre una y otra.

Así, durante los encuentros iniciales con este tipo de artefactos culturales –revistas que publican artículos de expertos para un público especializado en historia, que exhiben vocación científica y estilo académico, y muchas veces, un anclaje institucional universitario, que en este caso recibe artículos referidos a temas, problemas y períodos variados–, la atención tiende a planear sobre los títulos, y quizás los resúmenes, de los artículos y de otros textos que suelen ser comentarios, polémicas, obituarios, deteniéndose solo en aquellos que interesan particularmente al lector. Desde ya, este

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Universidad de Buenos Aires, Argentina.

modo de lectura no es el de todos los lectores efectivamente existentes, pero se encuentra muy extendido entre el público que las revistas buscan alcanzar. Tal interés puede ser resultado de una investigación en curso, de una menos definida curiosidad por alguna cuestión histórica más vasta, o quizás de la búsqueda de información sobre algún asunto particular. Así, la agenda propia parece ser la que, centralmente, organiza los criterios de selección del material del que la revista es soporte: algunos textos se leerán con detenimiento, otros quedarán a un lado y algunos más se ojearán con algo de atención. En cambio, una aproximación como la que se intenta aquí presta mayor atención al conjunto del material ofrecido, a los indicios que en él pueden hallarse del proyecto historiográfico que se encuentra por detrás del objeto en estudio y, formando parte de ese mismo conjunto de huellas, por las tomas de posición de la revista en asuntos públicos o académicos del momento. También, y a este punto retornaré más adelante, aparecerán fragmentos y vestigios del paisaje historiográfico en el que la revista ha sido creada y en el que aspira a actuar. Nuevamente, y de manera previsible, la agenda que se impone al material es la del investigador, pero ella ha cambiado.

Puesto de otro modo: las miradas que mencioné en primer lugar se inclinan a buscar sobre todo aquello que los autores de los escritos publicados aportan al saber histórico sobre ciertas cuestiones que cada lector considera importantes, mientras la que aquí se ensaya, en cambio, recuperando la conocida observación que indica que las revistas a menudo traducen estrategias de grupo, atiende más a su condición de testimonio de un proyecto editorial, y también de determinada coyuntura en la historia de la historiografía sobre la que sus impulsores actúan o tratan de hacerlo. Así, los artículos dedicados al siglo XVIII, por recurrir a un ejemplo arbitrario y planteado de manera algo extrema, dejarán de ser concebidos como piezas que se refieren a su objeto de estudio declamado y explícito para transformarse, en la perspectiva del historiador de la historiografía, en testimonios de su momento de producción, a fines del siglo XX, o con mayor precisión, en la Argentina que había salido poco tiempo antes de una dictadura militar particularmente violenta.

Finalmente, y teniendo en cuenta que se trata de una revista que publicó su primer número en 1986, hace casi 40 años, las continuidades no pueden asumirse como una certeza, sino que deben ser concebidas como una cuestión a examinar, como una posibilidad. Esa circunstancia atañe no solamente a los elencos que dirigieron o formaron parte de los comités de la publicación, y del instituto al que está asociada la revista, a las perspectivas y especialidades más frecuentadas, o a quienes publicaron trabajos en sus páginas, sino también al escenario historiográfico en que se desplegó su acción, que durante esos mismos años estuvo, él mismo, cambiando, a pesar de que, como se verá, entiendo que los factores que se mantuvieron estables son también muchos y decisivos. En lo que hace al *Anuario*, así como a otras iniciativas próximas, debería considerarse también cuánto de esas transformaciones en el contexto se pueden atribuir a su acción, o planteado de manera más sobria, en cuáles estuvo involucrada o comprometida, quizás junto a esos otros grupos: las revistas de historia son a la vez testimonio

de los cambios ocurridos en los ámbitos en los que tienen actividad y actores de esas mismas transformaciones.

LA REVISTA

En la tarea de indagar la trayectoria de revistas de historia, se ha recurrido en varias oportunidades, tanto en el ámbito local como en el internacional y hace ya tiempo, al intento de cuantificar las especialidades, las perspectivas, los períodos que predominan entre los artículos publicados en cierta etapa. He propuesto un balance de ese estilo en un estudio dedicado a la tercera serie del *Boletín* del Instituto Ravignani, cuya trayectoria cubre un período muy cercano al del *Anuario*, aunque con distinta frecuencia, y también él una revista académica, señalando cuánto tiene de productivo un ejercicio semejante, pero también los que me parecen sus límites y sus problemas como herramienta interpretativa. A pesar esos límites, y sin haber realizado una exploración cuantitativa formal en esta ocasión, creo que resulta posible plantear algunos argumentos acerca de varias características de la producción publicada en el *Anuario*, tanto sobre aquellas que comparte con otras publicaciones nacionales de la época como sobre algunos rasgos que exhiben un aire más peculiar y propio.

Como señalé, el primer número del *Anuario* apareció hacia fines de 1986; desde 2016, su frecuencia es semestral. La historia económica y social referida a cuestiones del período colonial, pero también de los siglos XIX y XX, tuvo presencia por entonces, así como el trabajo a escala regional, marco de varias de investigaciones; poco más tarde, a la historia regional fue dedicado un artículo que ofrecía consideraciones teóricas y de método sobre ella. Esos intereses se mantuvieron en el tiempo. La publicación de trabajos dedicados a temas propios de otros ámbitos nacionales latinoamericanos es un rasgo a destacar, y se registra también la aparición de artículos que utilizan la escala local. De todas maneras, no pueden leerse estas presencias como resultado directo de las preferencias temáticas o de período del grupo editor, dado que el sistema de referato, que se fue formalizando, es un factor que bien puede imponerles matices y modificaciones, en este como en otros casos.

A pesar de aquella presencia inaugural de los temas de la historia social y económica, no están ausentes de la publicación las cuestiones referidas a la historia política del siglo XX argentino, que en diálogo intenso con las dimensiones sociales y culturales involucradas, se hace presente, en aquel primer número y a lo largo de muchos de los siguientes y hasta hoy: los años treinta, el nacionalismo y el revisionismo, el conservadurismo –en ocasiones en el ámbito provincial–, el antifascismo, han sido objetos explorados en varios trabajos. También desde el comienzo aparecen análisis de cuestiones relativas al primer peronismo y, más adelante, a los años posteriores al golpe de Estado de 1955 y a la resistencia.

Puede tener alguna relevancia, para ubicar la revista en un marco historiográfico mayor y poblado de otros actores, aun parcialmente, considerar que a varios de aque-

llos últimos temas y períodos había estado dedicada buena parte de la producción ensayística que, a partir de la segunda mitad de los años cincuenta y hasta el comienzo de la dictadura en 1976, había alcanzado éxitos de público importantes. Inicialmente, luego del golpe de Estado de 1955, los heterogéneos elencos revisionistas fueron participantes notorios en ese proceso; más adelante, se agregarían autores que exhibían otros perfiles y pertenecían a otros círculos. Así, ya en segunda mitad de los años sesenta, por ejemplo, el Centro Editor de América Latina publicó materiales sobre aquellos problemas, apelando a estrategias y productos culturales semejantes a aquellos que los revisionismos habían empleado en la década anterior: colecciones, fascículos y libros baratos, de venta en quioscos, sobre temas históricos. Por otra parte, eran estos recursos muy semejantes a los que se habían utilizado décadas antes, desde el proceso de ampliación de los públicos de los años veinte al menos, con éxito. Si bien esa bibliografía había dejado de circular, al menos con la intensidad anterior y públicamente, como se señaló, cuando tuvo lugar el golpe de Estado de 1976, en los últimos tiempos de la dictadura, hacia 1983, volvió a las librerías, en muchas de ellas a las salas de saldos y ofertas; esa circulación creció todavía más cuando comenzó el gobierno de Raúl Alfonsín. De este modo, en tiempos de la aparición de una revista de historia como el *Anuario*, aquella producción que buscaba otros horizontes y solía exhibir otros rasgos era muy numerosa y se encontraba de nuevo accesible, mientras que la que buscaba una base empírica más vasta y un tono erudito más acusado era notoriamente menos abundante que ella, pero también que la que en la actualidad busca aquel perfil científico. Temas y períodos, entonces, en particular los del peronismo y los años sesenta, todavía para audaces si se los pretendía asumir en clave académica.

Un caso en el que estos dos mundos, el de la producción con vocación académica y el de aquella que buscaba públicos vastos se cruzaron, tuvo lugar precisamente en el comienzo de la etapa democrática, cuando la Biblioteca Política Argentina, del mismo CEAL, empezó a presentar en 1984 varios textos académicos, resultado, en ocasiones, de tesis de posgrado, junto a otros menos formales, en el conocido formato de libros baratos, colecciones y venta en quioscos. Al pasar, cabe señalar que al menos dos historiadoras que publicaron artículos en el *Anuario* fueron también autoras de libros para esa colección.

En los primeros números del *Anuario*, como señalé, parece insinuarse la voluntad de enlace con varios de los problemas que habían sido asumidos por los historiadores de implante universitario durante los años sesenta y comienzos de los setenta, al menos en las zonas de la historiografía argentina vinculadas a la llamada renovación, en las que varios de los historiadores comprometidos con el *Anuario* exhibían una trayectoria juvenil. Así, se percibe en la revista, junto a la mencionada atención prestada a la historia económico-social, una inclinación a la cuantificación, quizás atenuada respecto a lo ocurrido en otros momentos. La presencia del interés por las dimensiones políticas tampoco desentonaba con aquella referencia historiográfica que remitía a los sesenta, ya que, como se ha observado hace tiempo, la versión argentina del movimiento

de puesta al día de la disciplina la había retenido, si se toman en cuenta sus probables inspiraciones europeas. En cualquier caso, resulta significativo que uno de los artículos dedicados a cuestiones de historia política publicados en aquel primer número llevara por título principal "OTRA VEZ LA HISTORIA POLÍTICA", en unas mayúsculas que se utilizaban también en los demás trabajos, pero que llamaban sin dudas la atención. Si se tienen en cuenta los nombres de algunos historiadores que participaron en el intento, no sorprende que el examen de las sociedades indígenas y los trabajos sobre la frontera muestren también continuidad, así como los estudios sobre demografía histórica y sobre inmigración. Por otra parte, es destacable la atención prestada por el *Anuario* en el volumen 13, de 1998, a través de la publicación de al menos tres artículos dedicados a la reforma educativa, la práctica docente y los Contenidos Básicos Comunes para historia, a una cuestión muy importante para la disciplina: los cambios en el sistema educativo impulsado por el gobierno nacional, a cargo del menemismo.

Desde los primeros tiempos, se hace notoria cierta regularidad en la publicación de balances historiográficos y de artículos dedicados al examen de varias categorías de análisis y de su uso (grupos sociales y elites, por ejemplo). Además de entender que se trata de una práctica benéfica en todo tiempo y lugar, que debería ser más frecuente de lo que es en muchas de las publicaciones de historia, creo que es posible considerarla característica del *Anuario*. Aquellos trabajos claramente inclinados a consideraciones que pueden reputarse historiográficas incluyen, a veces como artículos, pero también como homenajes a sus autores, obituarios, o trabajos recuperados, piezas de José Luis Romero, algunas de Ruggiero Romano, François-Xavier Guerra, Magnus Mörner, José Carlos Chiaramonte, Gérard Noiriel, Jacques Revel, entre otros. En el universo de los escritos sobre historiografía se publicaron, por ejemplo, trabajos sobre la historia reciente, de la familia, de las juventudes, de las emociones, de las mujeres, y sobre la cuestión historia global - historia transnacional. También los usos del pasado y la historiografía disponible sobre la Iglesia, así como la demografía histórica fueron objeto de consideración. Ocasionalmente al comienzo, y con mayor frecuencia en los últimos tiempos, se publicó una sección titulada Temas de Historiografía.

Quizás sea el momento de señalar que tanto la atención a la historia política del siglo xx argentino, en una versión abierta a considerar las dimensiones culturales involucradas, como la prestada a los asuntos historiográficos, hicieron del *Anuario* una lectura habitual para mí, y de varios de los historiadores que participaban de distintos modos en el intento, unos interlocutores muy frecuentes, muy generosos conmigo y muy valiosos para mi trabajo. Mientras se publicaban los primeros números del *Anuario*, mis investigaciones estaban inclinadas a los estudios de ciertas formaciones culturales próximas a partidos políticos o directamente encuadradas en ellos; la tarea docente que llevaba adelante en la Universidad de Buenos Aires y luego en la Universidad Nacional de Rosario estaba dedicada a la historia de la historiografía. Paulatinamente, la construcción de imágenes colectivas del pasado, a cargo de los grupos políticos entre otros actores, que incluyen a los historiadores, y la dimensión cultural de la política, se entramaron para

dibujar un objeto de investigación que suele recibir nombres diversos: organización de representaciones colectivas del pasado, usos de la historia, usos políticos del pasado, estudios históricos sobre las memorias colectivas, etc. Como señalé, todas las piezas de ese programa, la historia política, la historia cultural y la de la historiografía en sentido amplio habían tenido un lugar en el *Anuario*, donde publiqué, en 2017, un texto en el que intentaba exponer mis derroteros en la investigación de estos asuntos.

Tomando el riesgo de dejar en un segundo plano algunas diferencias, puntos de fuga y matices, es posible sostener que el *Anuario*, y también el Instituto de Estudios Histórico-Sociales, aparecen como iniciativas de historiadores que habían realizado sus estudios de grado en la universidad durante los años sesenta, que, por otra parte, habían sostenido vínculos más o menos intensos con los grupos universitarios que impulsaban por entonces los esfuerzos de puesta al día de la historiografía universitaria, ya mencionados aquí. Hacia 1986, rondaban, poco más o menos, los cuarenta años y varios de ellos tenían ya experiencia académica en el exterior. Si se considera la cuestión generacional, que en estos ámbitos tiene una importancia que en ocasiones no se pondera lo suficiente, una mirada de largo plazo al conjunto de los números de la revista revela también una paulatina incorporación de recursos humanos más jóvenes, naturalmente formados en gran parte en la propia UNICEN. Es también significativo que este proceso se iniciara formalmente con las creaciones de 1986, el Instituto y la revista, en una universidad cuya fundación había tenido lugar apenas doce años antes. En mi opinión, que he planteado en otras oportunidades y retomaré más adelante, las nuevas condiciones políticas, culturales y vinculadas a la universidad y al CONICET posteriores a 1983-1984, iniciaron cambios profundos en la historiografía argentina, evidentes en varias dimensiones, que permiten sostener que comenzaba entonces un nuevo período, una etapa diferente. El complejo *Anuario - IEHS* no solo fue un producto de la nueva situación abierta con el final de la dictadura, sino también un actor muy importante en las transformaciones que tuvieron lugar en los años siguientes y hasta, con certeza, hace muy poco tiempo.

HUELLAS Y CONJETURAS

Si se admite el argumento del inicio de una nueva etapa en la historiografía argentina luego del fin de la dictadura, aun si se considera que ese inicio tuvo lugar paulatinamente, y se toma en cuenta la posibilidad de que el *Anuario* fuera uno de sus resultados, y luego de los agentes de esos cambios, es posible abrir la pregunta acerca de qué huellas exhibe la revista de esa situación. ¿Qué datos pueden hallarse allí para sostener el argumento de que el tipo de publicación que fue, o quiso ser, el *Anuario* en los primeros tiempos llevaba inscriptas las marcas de su contexto, de la coyuntura política, cultural y específicamente historiográfica en la que fue concebido y apareció?

En mi opinión, y trabajando en este nivel amplio de análisis, la condición de posibilidad de la creación de una revista como esta fue, de manera visible y directa, el fin de

la dictadura militar. Aun si se tienen en cuenta otros, ese factor es imprescindible para explicar que en 1985 fuera posible crear una publicación –y un instituto al que estaba asociada–, que albergó por entonces y también luego, entre sus editores, investigadores y autores de artículos, a historiadores que eran antiguos y públicos militantes de organizaciones de izquierda, expresos políticos y exiliados de muchos años, simpatizantes peronistas de varias generaciones. A veces, incluso, coincidían en la misma persona varias de esas condiciones. No se trata de que todos los historiadores involucrados en la organización de la revista y el centro hubieran tenido trayectorias políticas previas o presentes, mucho menos uniformes, ni tampoco perspectivas idénticas desde el punto de vista teórico o historiográfico; lo que ocurrió, en cambio, fue que luego de 1983-1984 se hizo posible impulsar emprendimientos que ponían la investigación llevada adelante según estándares rigurosos, el debate en términos académicos y la atención a nuevas líneas de trabajo en la historiografía, en el centro de su acción. Podría argumentarse que algunas instituciones, durante la etapa anterior, habían funcionado de manera semejante; la existencia de prohibiciones, interdicciones, represión abierta o encubierta, exilios impide admitir el planteo. En el caso del *Anuario*, aquello que hacía evidente que se trataba de una etapa nueva era la existencia de un proyecto centrado en la intervención en el mundo de quienes investigaban historia, que permitía, gracias a las nuevas condiciones político-culturales generales, que los otros datos –cárcel, destierros, pertenencias políticas viejas o nuevas, diferencias de perspectiva–, quedaran en un relativo segundo plano. Desde ya, no se trata de sostener aquí la despolitización de estas iniciativas editoriales; por una parte, el anclaje de la revista y el instituto en la estructura universitaria obligaba al despliegue de una interacción permanente con la administración y los organismos de dirección de Facultades y de la Universidad; es sabido que pocos ámbitos son tan plenamente políticos como los consejos de Facultades y Universidad. Tampoco se sostiene aquí la existencia de una especie de reino de la neutralidad interpretativa o la existencia de una sociabilidad académica sin roces. En el segundo número del *Anuario*, por ejemplo, se publicaron las piezas de una discusión acerca de los trabajadores rurales en el período tardocolonial; Jorge Gelman planteaba en el título de su trabajo las que a su entender eran las alternativas, revelando que no se trataba de un tema comprometido: gauchos o campesinos. El debate tuvo eco más allá del *Anuario* y de los especialistas en el tema.

El contexto de creación del *Anuario* y del IEHS es, entonces, el que se abre con el final de la dictadura, en diciembre de 1983, en lo que he planteado como el inicio de una nueva etapa en la historiografía argentina; desde ya, los cambios que comenzaron durante lo que se llamaría *la transición* no fueron, salvo en algunos planos y en algunas instituciones, inmediatos. Una mirada como esta, que se detiene en las condiciones más amplias en las que se desarrollan las tareas de investigación y docentes, así como la publicación de libros y artículos, atenúa la importancia otorgada a fenómenos de otra escala, que seguramente también tuvieron lugar. Pero creo que el planteo del hecho de que una nueva etapa se abre en la historiografía argentina alrededor de 1984

—cuya duración, unas cuatro décadas, ha sido notable— es consistente y, además, que el trabajo en ese rango temporal permite la explicación de sus notas más relevantes; he expresado estas opiniones y estos argumentos en ocasiones anteriores. Así, la continuidad institucional en las universidades en el período, vinculada en un nivel amplio a la coyuntura democrática, consolidó elencos de docentes e investigadores, favoreció la aparición de nuevas publicaciones y centros de investigación, afianzó sistemas de becas, carreras de posgrado y otras instancias de formación de nuevos recursos humanos. Estas últimas acciones, por otra parte, surgían de demandas que imponían las nuevas condiciones de profesionalización, más allá de cómo actuaran sobre cada institución particular. A ello debe sumarse la apertura de nuevas carreras de historia, en universidades también nuevas o ya establecidas, que tendieron a crear sus propios institutos de investigación y sus revistas; la masa de indagaciones con las que hoy se cuenta referida a las situaciones provinciales o regionales torna muy difícil continuar con el relato uniforme de escala nacional para muchos períodos y problemas. El crecimiento del complejo institucional y del espacio social dedicado a la indagación del pasado es notorio en cualquier variable que se considere, si se compara la situación a comienzos de los ochenta y hoy en día: número de estudiantes, número de graduados, número de docentes y de investigadores, de becarios —en general, de CONICET— y de publicaciones, de institutos dedicados a la investigación. Un crecimiento que no fue explosivo, ni ocurre a expensas de otras ciencias sociales, que por otra parte no debe suponerse excepcional y quizás no se haya desmarcado del crecimiento general de la población, o al menos de la que accede al nivel universitario, pero que es tendencial y visible si se considera la propia historiografía de base universitaria, más allá de las recurrentes crisis económicas y los cambios en las políticas científicas nacionales. El universo de la historiografía argentina es así mayor y más variado que el de 1983, y en él se despliegan prácticas necesarias para conseguir un lugar en el sistema, o mejorar el que se tiene, todas ellas propias de los procesos de consolidación profesional. Desde ya, la esquiwa variable de la llamada calidad de la producción surgida en un escenario de este tipo debería ser objeto de una investigación en regla.

A aquellos fenómenos que es posible denominar, quizás excesivamente, estructurales, deben sumarse algunos de otro orden. La conexión de la historiografía local, al menos en su sector universitario, con el horizonte internacional se afianzó y se hizo más intensa, en un proceso que no afectó solo a la Argentina, naturalmente, y en el que las novedades tecnológicas tuvieron un papel de relevancia que no cesa de crecer. Ello no solo impactó en las posibilidades de formación de recursos humanos —el seminario virtual, a pesar de que la pandemia de 2020 pasó, sigue aquí—, sino en una recepción más rápida y amplia de nuevos objetos de estudio, aproximaciones metodológicas, especialidades y problemas, en un proceso que nunca es una mera copia y está modulado por intereses y notas locales. De este modo, a aquellas características de la situación de mediados de los años ochenta, que exhibían el enlace con —“retorno a” sería una fórmula un poco injusta— la historia económica y social consolidada en los

cincuenta y sesenta en un lugar central, sumando una apertura a los temas de la historia política del siglo xx, habría que agregar, con el transcurso de los años, la atención a los temas de historia cultural e intelectual, la historia reciente, los estudios históricos sobre las memorias colectivas, los usos del pasado, la historia de los sentimientos, la de las mujeres y la producción con perspectiva de género, entre otras, en un escenario más diverso y en movimiento.

Así, entiendo que el *Anuario* y el IEHS fueron producto de los cambios que tuvieron lugar en el mundo universitario durante la coyuntura 1983-1984 y que ambos participaron como actores relevantes en los procesos de reorganización de la historiografía argentina que se inició por entonces. Queda pendiente, de este modo, la pregunta por la situación actual: si la condición de aquel cambio de etapa fue el fin de la dictadura y el inicio de la transición democrática, si la situación política general ejerce un condicionamiento tan fuerte como el que he planteado aquí sobre la coyuntura historiográfica, ese interrogante no puede eludirse hoy en día. Debo reconocer que creo que la situación es incierta, que posiciones y argumentos que no pensé volver a escuchar están circulando nuevamente, aunque tenga dudas respecto a su extensión, y que diría que casi cualquier escenario es, si no probable, posible. Quizás el plano que condicionará la situación en la historiografía argentina, y en la vida cultural en general, en el futuro próximo sea otra vez el político; es posible que esa circunstancia nos indique la naturaleza de la disputa que parece estar en ciernes.